8. El compromiso político como síntoma de debilidad mental

> Descubrí que no hay hombre que por mucho que reclame para sí libertad no esté deseando someter a su propia voluntad la de otros individuos de la sociedad.
>
> *El vicario de Wakefield*. Olivier Goldsmith

Debilidad individual, fortaleza del colectivo; prepotencia y distribución de poder, sumisión y convicción interesada, miseria, miseria y más miseria. Hay de todo en el modo en el que dibujamos nuestra *imago mundi* en nuestras propiósferas. Adictos a la imposición, seguros de la fuerza que nos brinda el número, no somos capaces de liberarnos de la animalidad cuando en ello va nuestra supervivencia. Igual que las hienas, los chimpancés o las pirañas, vamos en grupos contra el individuo solitario porque sabemos instintivamente que en el grupo hay poder. Y lo sabemos desde que nuestra especie existe sobre la faz de la Tierra. Somos animales revestidos de elaborados rituales y en nuestra imaginación enferma de antropocentrismo creemos que la naturaleza nos debe algo, cuando a la naturaleza le importa bastante poco nuestra existencia.

El pensamiento abstracto, esta hermosa casualidad que esa misma naturaleza nos ha dado desde que aprendimos a usar nuestras manos, es acaso lo único que nos aleja de la animalidad.

Examinemos aquí una de las tristezas más grandes que corroe nuestras existencias. El sentido profundo de nuestras vidas, ese santo grial, prometido y brindado al costo de nuestras almas, es la gran recompensa con la que el pensamiento ideológico promete premiarnos, pero constantemente se aleja de nosotros.

Nos gusta pensar que la ideología es un fenómeno complejo, exclusivo de grandes estructuras: naciones, religiones, partidos, escuelas de pensamiento. Pero su lógica es tan antigua y esencial que puede habitar incluso en una comunidad mínima. No necesitamos más que unas pocas voluntades enfrentadas por intereses contrarios para que surja, casi espontáneamente, la promesa de sentido, la presión del grupo, el sometimiento, la ilusión de pertenencia. Por eso, plantearé ahora un modelo reducido: dos comunidades mínimas, cada una con tres voluntades, y una voluntad externa que solicita ingreso.

La comunidad a la que llamaremos «comunidad A» estará compuesta por las voluntades vA_1, vA_2 y vA_3. La comunidad a la que llamaremos «comunidad B», por las voluntades vB_1, vB_2 y vB_3.

Frente a estas comunidades mínimas podemos imaginar también una voluntad que actúa, según el esquema de dominio que ya he examinado en una lectura anterior («Acerca del ejercicio del dominio a través de la crueldad», 03/05/2025), como requirente o solicitante para el ingreso a ellas. A esa voluntad que pediría el ingreso a la comunidad A (elegida arbitrariamente por mí, puesto que bien podría solicitar el ingreso a la B) le llamaremos vx («voluntad equis»).

vx inicialmente no pertenece ni a la comunidad A ni a la comunidad B, pero desea ingresar a la comunidad A. Idealmente, también, la comunidad A y la B son rivales; disputan recursos confrontando cosmovisiones.

Condicionamiento

Nadie creerá que vx pretenderá ingresar porque sí en la comunidad A. Lo primero es tratar de entender por qué debe *perseguir el amparo* de una comunidad, no importa cuál. Inicialmente, es tentadora y hasta de sentido común la idea de que simplemente existe una *coincidencia total entre los propósitos* de la comunidad elegida y los de vx. Entonces, simplemente vx dice «la comunidad A me representa»; y luego «lucharé por los ideales de la comunidad A porque también son mis ideales». Y al entrar en la

comunidad y pasar de ser vx a vA_4 recibirá una serie de beneficios que vendrán atados a un paquete de obligaciones más o menos discreto.

Esa «coincidencia total» es más que nada un recurso retórico. Y lo es tanto a la hora de explicar una decisión de pertenencia como a la de tomar la decisión misma. Sabemos que la complejidad de las prioridades y principios que sostienen a una comunidad y las que sostienen a una voluntad cualquiera difícilmente coincidan de manera absoluta; y aunque esa coincidencia pudiera existir momentáneamente, las comunidades (voluntades colectivas) y las individualidades cambian inexorablemente.

Por lo tanto, las disidencias son inevitables.

Si optamos por negarnos a quedarnos cruzados de brazos, cómodos con el argumento de la mera coincidencia, entraremos en una selva de miserias intelectuales que retan nuestra capacidad de sincerarnos frente a nuestra propia insignificancia. Lo primero a decir es que probablemente exista un *condicionamiento previo* por parte de una figura de autoridad a la que nos sometemos; una interpretación del mundo dominante que organice la realidad en la propiósfera de vx antes de que siquiera conciba la idea de la integración a una comunidad A. En esa organización no es menos cierto que la comunidad A representa la mejor manera de *estar en el mundo*, de *serlo*, mientras que la comunidad B se equivoca o miente. Las variaciones posibles de esta letanía son interminables. Lo curioso, visto desde afuera, es que vx no se plantee jamás que la comunidad A pueda estar en un error o falsificando realidad, y que tal vez la comunidad B eventualmente pueda estar en lo cierto. Este *blindaje ideológico de la cosmovisión* es lo más parecido a la ceguera. Pero es una ceguera especial, voluntaria, elegida, de la que aparentemente es posible y gratificante sentirse orgulloso.

La convicción creada y aún heredada de vx de que está en lo cierto al pretender el ingreso en la comunidad A debido a que también posee convicciones previas, elegidas libremente (al menos en apariencia) se completa curiosamente con la convicción de que la comunidad B se equivoca sistemáticamente; y no sólo se equivoca sino que falsifica intencionadamente realidad. Y lo hace porque sus valores primarios son malos: o mejor, no tiene valores. De ahí que la dicotomía entre el bien y el mal sean indispensables para soportar el peso de la estructura que lleva a la ideología y al compromiso político.

Luego, asimilada la perspectiva intrínseca de la comunidad A y estableciendo un juicio desde esa posición, la comunidad B quedará condenada sistemáticamente a llevar la bandera no sólo del error o la falsificación sino –y mucho más importante– de la maldad, en un universo dividido sobre el cual corre a modo de programa informático el pensamiento ideológico como sistema. Así, para vA_4 (antes vx) la realidad quedará reducida a un orden evidente que tendrá de un lado del límite a quienes actúen movidos por una bondad primigenia (la comunidad A) y del otro a los que actúen movidos por una maldad igualmente primigenia (la comunidad B).

La diferencia entre el error y la maldad quedará marcada por la atribución de la presencia del cinismo o la hipocresía, esto es, la falsedad. Detrás del error no hay otra cosa que una valoración equivocada de las condiciones de existencia, pero detrás de la maldad esas condiciones son evaluadas como estrategias montadas de manera intencional. Es curioso que *la maldad en sí misma resulte insostenible*. Ser malo por ser malo parece una forma muy precaria de justificar la acción de un personaje, pero también la de una persona. ¿Acaso alguien es malo porque sí, por ser malo? Reducida a una metáfora matemática muy elemental, la adición dentro de una comunidad determinada por un factor ideológico siempre representa al mismo valor: 2 + 2 = 4, pero también 1 + 1 = 4, 1 +2 = 4, etcétera. Y «4» puede verse como la representación figurada de la afirmación «la comunidad B falsifica maliciosamente la realidad»... Y sabemos de sobra que no siempre la comunidad B falsificará realidad y que tampoco la comunidad A estará siempre en lo cierto. Con lo que se crea una paradoja admirable: el pensamiento

ideológico como sistema es en sí mismo una manera de falsificar realidad. Y es tendenciosa también en la medida en que lo que le interesa no es otra cosa que mantener a la comunidad unida, existiendo, proporcionando beneficios. Es evidente que aquellos que obtengan mayores beneficios de la organización serán los que con mayor ahínco pretenderán que el resultado de la operación siempre sea 4.

A medida que los beneficios se hacen menos ostensibles, es decir, para los militantes más prescindibles, la motivación parece menos clara. Pero no hay que subestimar el horror a la soledad y al ostracismo que puede empujar a las conductas menos verosímiles; esto es, cometer crímenes en nombre de una causa o dejar de tener contacto con amistades y hasta familiares cercanos por los colores de una bandera y un puñado de consignas.

He negado en otras ocasiones la idea del absurdo. He sostenido que siempre existe una razón racional para todo lo que hacemos. Y estoy convencido de eso. La realidad es racional. Aunque no compartamos las razones de otro, no las validemos, ahí están; podemos verlas y hasta comprenderlas. Pero si existiera un límite que separara lo racional de lo absurdo sin dudas que estas conductas radicales estarían justamente allí. Se trata de una total falta de capacidad de dimensionar, de una inocencia criminal, de una debilidad monstruosa que arrastra al individuo a su disolución en la masa bruta, agresiva, que corea un eslogan vacío, cuyo único propósito es el cobijo mutuo y el ejercicio de la fuerza tanto simbólica como física sobre un enemigo fetiche.

Derecha e izquierda es lo mismo; odio y miedo.

Cuando Dante Alighieri aborreció a los indiferentes sabía que conocían su secreto, su debilidad, y no habían caído en aquella trampa tan obvia y tan patética que había condicionado la vida del florentino: el compromiso político.

Es innegable que uno de los miedos más comunes es el que nos produce la soledad. Tal vez se deba a que estamos convencidos de que necesitamos de los otros y, estrictamente relacionado con eso, de que somos débiles. En el momento en que nos concebimos como debilidades empezamos a ver en qué ámbitos y de qué maneras somos débiles, y por qué lo somos. Es como dar vueltas en torno a las murallas de nuestro castillo *yoico* espeluznados por la constatación de la facilidad con la que en algunas partes se desmoronan. Así, es fácil y de sentido común entender la necesidad de ser arropados por grupos que nos defiendan en caso de que lo necesitemos. Esa debilidad, como he dicho en otro momento, no es otra cosa que el origen de nuestra tragedia ordinaria («El origen de la tragedia ordinaria», 19/04/2025). Y no solo la debilidad en sí misma sino nuestro temor a que nos juegue una mala pasada y tenga consecuencias terribles. Es natural el miedo a quedarnos solos puesto que desde pequeños hemos dependido de otras personas. Y aún en nuestra edad adulta sabemos que, en virtud de cómo se estructura la sociedad, nuestra independencia será siempre una ilusión.

Por otra parte, respecto a quienes de corazón se brindan por una causa sostenida por una comunidad (por ejemplo, vx metamorfoseado en vA_4) los veremos perder su individualidad, fundiendo su pensamiento con el del colectivo, ajustando discrepancias para mantenerse dentro del grupo, gozando de los beneficios que le corresponden, acatando. Y vemos aparecer otra paradoja exquisita; mientras se diluyen en el grupo y sacrifican su individualidad y su pensamiento, utilizan los eslóganes propios de la comunidad, repitiéndolos como un mantra para afianzarse y definirse en el mundo como actores relevantes. Discutir con ellos es caer en una trampa evidente. Tienen todas las respuestas porque tenerlas es saber defender a la *colmena ideológica* a la que pertenecen.

El compromiso, la pasión, la virulencia militante, no son sino inseguridad revestida de lenguaje y gestualidad.

Si quitamos del esquema a la malicia, a la conveniencia, a la necesidad de consolidar vínculos por motivos espurios tales como beneficios económicos, sexuales, de poder, y nos concentramos en aquel acólito que se brinda por entero y con sinceridad y recibe migajas, solamente podemos achacar ese comportamiento a la inocencia o a la estulticia.

El fanatismo no es solamente militar hasta el delirio y la violencia; tampoco es atarse una bandera al cuello y salir a gritar un cántico pseudo-guerrero. Tampoco es el rezo fervoroso de los ojos apretados, repetitivo y monótono. Si lo fuera, podríamos sentirnos bastante a salvo. Pero no. El fanatismo infecta como una peste a todas las estructuras sociales y condiciona el modo en el que las personas interpretan la realidad a un nivel que condiciona apariencia, sentimientos, razonamientos, actitudes, gestos, vínculos, gustos, lenguaje, hábitos y hasta reacciones reflejas.

La homogeneidad como problema

Ya hemos visto cómo, condicionado, vx se transformó en xA_4 al ingresar en la comunidad A. ¿Pero es posible que siempre la operación dé 4? ¿Realmente los integrantes de la comunidad B estarán siempre en un error o falsificando realidad? Nadie es infalible y tampoco lo es una comunidad, por lo tanto, la comunidad A se equivocará eventualmente o falseará realidad. Y ahí es donde entra en juego una *fidelidad* que es un síntoma del fanatismo y de la insensatez. vx, ahora convertido en xA_4 se alineará con el resto de la comunidad en la defensa del error o la falsificación esgrimida por la comunidad A. ¿Qué nuclea realmente a una comunidad? Un conjunto de afirmaciones respecto a la realidad, recuerdos, idealizaciones. xA_4 podrá argumentar que las personas no son infalibles pero que los valores trascienden a las personas, creando con ese argumento una realidad imaginaria, un credo, en el que los defectos de xA_1, xA_2 y xA_3 quedarían cubiertos por la bandera de los valores trascendentes e inmortales de la comunidad A.

Esto no es sino el fanatismo en obra; recaer en una lectura única de la realidad proporciona seguridades a las almas más débiles y genera alianzas, compañerismos, camaraderías y también odios compartidos que ayudan a esas almas débiles a *hacer pie* en un mundo que de otra manera constituiría un caos. El pasaje de cosmos a caos en el clima de la propiósfera constituiría la desgracia máxima.

Nadie puede vivir sin confiar en algo. Regalale una utopía a alguien y tendrás su corazón.

Es curioso y hasta irrisorio que estas alianzas ciegas, vulgares y violentas, que revelan caracteres mezquinos, mediocres y proclives a la sumisión intelectual, sean proclamadas y publicitadas por los difusores de *imago mundi* como rebeldía e inconformismo. Es una burla cruel que al *comprometido* le resulta completamente invisible. Sus jefes se ríen de él y siguen viviendo a costa de su imbecilidad.

xA_1 falla, ¿y entonces?

Entonces, desde la perspectiva de vx (xA_4), es un compañero, un correligionario, un camarada, un amigo, un colega, un hermano. ¡Cómo ponernos en su contra! Hacerlo sería una traición a los ideales de la comunidad A. Porque claro. Recordemos que si tenemos actitudes contrarias a la cohesión de la comunidad A (tales como denunciar a un cointegrante) estamos indirectamente favoreciendo a la comunidad B, los rivales acérrimos de la comunidad A.

La «comunidad A» en ese caso debería optar, idealmente, por expulsar de sí a xA_1. De esa manera, se evita la incómoda situación de tener que defender lo indefendible.

Habría también que evaluar el tenor de la falla. Un integrante de la comunidad A puede perfectamente seguir integrándola si la falla no lesiona necesariamente a los ideales sobre los que se construye la comunidad. Inclusive, es muy esperable que la propia comunidad A acuse a la comunidad B de haber

creado una conspiración, un armado, una verdadera «campaña de desprestigio» en contra de xA_1 por motivos políticos.

Por supuesto: he asumido que xA_1 falla, pero muchos integrantes de la comunidad A me acusarán de estar tomando una postura evidentemente política al hacerlo.

Y no poder escapar…

¿Qué pasaría si vx no quisiera entrar ni en la comunidad A ni en la comunidad B? En una charla informal con algunos miembros de la comunidad A, vx lo expresa abiertamente: «no deseo pertenecer a la comunidad A». «Si no perteneces a la comunidad A –le responden–, entonces perteneces a la comunidad B». «No deseo pertenecer ni a la comunidad A ni a la comunidad B», vuelve a declarar vx. «No existe neutralidad posible –le informan los integrantes de la comunidad A con gesto de suficiencia–. O estás con nosotros o con ellos». Y aunque parezca una parodia, una exageración con intenciones retóricas, el mundo funciona de ese modo. Le roban a vx, no importa de la comunidad que hablemos, toda posibilidad de mantenerse afuera de la estructura que al mundo le han superpuesto las comunidades para comprenderlo y manipularlo; para distribuir poder, dominio. Le roban su propio «yo».

Y generación tras generación, vida tras vida, como si fuéramos bestias de carga para la ideología, volvemos a caer en la misma desgracia.

La última debilidad

La debilidad total, la que no tiene espacio para maximizarse, la que nos define fatalmente desde un punto de vista ontológico, es la de no hallar propósito a la existencia misma. Por eso, una fuente de sentido para la existencia será valorada en extremo. Si una comunidad le otorga sentido a la existencia de sus integrantes (como caminar de la mano hacia un mundo mejor, si no para nosotros para nuestros hijos), entonces, la pertenencia es algo más que emocional, es a un tiempo epistemológica, ontológica y moral; colectiva e íntima. El cuerpo mismo y no ya la existencia intangible a la que llamamos «alma», pasa a integrar una fantasía colectiva de masa física apabullante, que se desplaza como una voluntad ciega e incontrovertible; una verruga gigante y sucia, reptante. Plantarle cara es un pecado; es arrogancia contra el sentido más elemental a través del cual el débil, el mediocre, el vacío, se defiende.

No debo dejar de subrayar las consecuencias de estas ideas. La paradoja aparente surge del hecho de que históricamente integrantes de ciertas comunidades hayan defendido con su vida los ideales de esas comunidades. La valentía del militante, entonces, parece quedar demostrada. No hay nada allí para discutir. Pero cuando le exigimos un poco más a la realidad y la interrogamos sin que nuestra mirada se nuble con razonamientos espurios, simplistas, caemos en la cuenta de que no es en la asunción de ideales colectivos donde se encuentra la real valentía, el poder del ser humano o la voluntad verdadera frente al vacío existencial; es en el enfrentamiento cara a cara, individual, puro, con la fealdad y la belleza infinitas, con el vacío de la muerte y la búsqueda de un propósito; es también en el poder revelador de la inteligencia, de la razón; es también en la negación del movimiento conjunto, del gusto dirigido, de la opinión que simplemente se asume sin precisar su fuente y sin importar sus alcances.

No creo en ninguna asociación humana. La única verdad se encuentra en el individuo. Cada vez que nos tomamos de las manos para avanzar terminamos matándonos entre nosotros; a unos «nosotros» que llamamos «ellos».

Anexo final: de los débiles, los peores. Los artistas

Con gran tino se me dirá que pretendo salirme de este mundo con mis palabras; que yo también, como todos los que critico, soy débil y necesito refugiarme bajo un estandarte cualquiera y servirle. Pero concédaseme que desde algún lugar debe hacerse una crítica como la mía.

Soy también un ser débil, pero la vida me ha colocado en un sitio en el que no me siento particularmente deudor de ningún discurso político. Si es que creo en la democracia, lo hago porque todavía guardo en alguna parte de mi corazón cierta esperanza en el ser humano. Si perdiera toda esperanza, entonces más me valdría morir que continuar en este mundo.

Pero quisiera terminar esta lectura hablando de un fenómeno particularmente irritante, desde mi perspectiva, que se vincula con la creación artística y la motivación de los artistas que utilizan discursos claramente políticos o sus derivados, para vender su trabajo. Porque, como usted ya habrá llegado a intuir, es cierto que la única verdad es el mercado, el intercambio económico, la ilusión de ganancia. Así, gran parte de la historia del arte, al menos del siglo pasado y del actual, ha estado dominada por el pensamiento llamado «de izquierda». Este pensamiento difuso, fundado en las diversas interpretaciones de la filosofía marxista, da por resultado siempre e inexorablemente al discurso de la resistencia y la liberación. Sea en el terreno del amor, sea en el terreno de la amistad y sobre todo, en el de la justicia social, es la mejor manera de asentar una obra artística puesto que apela a un sentimiento íntimo de camaradería. Camaradería que promociona y vende.

En el mejor de los casos, estos artistas mienten. En el peor, son solamente débiles mentales arreando a otros débiles mentales, de manera tal que, envueltos en una nube de debilidad y sabiendo que lo que hacen es desvirtuar a la realidad exprofeso, siguen haciéndolo sin importarles nada más.

Como un virus letal, esta manifestación de la debilidad mental ha tomado al arte y lo sigue manipulando. Los artistas, carne sin alma, repiten los mismos eslóganes generación tras generación. Cambian las sutilezas idiomáticas, pero, en un ciclo infinito, siguen educando en el rencor y en la violencia, modelando la sensibilidad de las personas, vendiendo su arte mientras aborrecen a la sociedad de consumo. No habrá paz mientras estos promotores de la debilidad continúen esparciendo el germen de la discordia para transformarla en producto artístico y vivir de nuestra estulticia.